

mi destino de llevarte un premio de adhesión y de felicidad á tí que eres tan bueno.

—¡Oh, mi Adela! ¡cómo siento no poderte estrechar entre mis brazos, cómo siento no poderte manifestar aquí mismo, de rodillas, toda mi adoración!

Entró Alejo, y como ya no había nadie que estorbase, se pudo hablar francamente del asunto que á todos preocupaba, y se convino en que la boda se verificaría á los dos meses, siempre que en ese término no volviera á alterarse de un modo serio la paz de la República.

¡Oh! y qué apretón de manos tan expresivo se dieron los novios al despedirse uno de otro en esa noche venturosa!



CAPITULO XLIV.

Sigue la contienda.

LA columna de las tres armas marchaba silenciosamente dejando á su izquierda las cumbres del Ajusco. Iba á la vanguardia una guerrilla de veinticinco hombres, y á unos cien metros, más á retaguardia, una descubierta de cien dragones con la carabina embrazada, luego el general Leandro Valle (el *pelón* Valle como le llamaban cariñosamente sus compañeros, porque siempre usaba la cabeza al rape) seguido de su Estado Mayor, de dos cuerpos de infantería, de seis piezas de montaña y de unos cuatrocientos ginetes, formando un total de mil quinientos ó mil ochocientos hombres.

Como el jefe de la columna iba conversando á la vez con un coronel de batallón que llevaba á su izquierda y con un charro conocedor del terreno que se había tomado de guía, y caminaba á su derecha, los demás oficiales del

Estado Mayor guardaban una respetuosa distancia, y dos de ellos, de los cuales uno montaba un caballo retinto y el otro un bonito alazán, cerraban la marcha, yendo un poco más atrás del grupo de ayudantes y sosteniendo una plática que parecía interesarles mucho.

El uno era el coronel Aquiles Collín, militar francés que había hecho la campaña de Italia en 1840 y proscrito de Francia, por haberse mezclado con entusiasmo en la revolución republicana del 48, y el otro era el capitán Julio Robles, muy joven aún, y que en los dos últimos años se había distinguido como perspicaz y como valiente, ganando sus grados en los campos de batalla.

—Como iba diciendo á usted, mi coronel, veníamos por este mismo camino el día 14, con una fuerza poco más ó menos igual á la que ahora traemos; pero la confianza era mayor, ya porque no conocíamos al enemigo, ya porque sabíamos que muy pronto iban á venirnos refuerzos de la Capital. El general don Santos Degollado iba á la cabeza de la columna muy sereno, como siempre, y muy seguro de que iba á castigar á los asesinos de don Melchor Ocampo; pero si yo hubiera podido hablarle....

—¿Qué?

—Le habría dicho que esperaríamos á que se nos incorporara el coronel O'Horán, que tenía que salir al día siguiente de la Capital con alguna fuerza, y sobre todo, trayendo parque y armamento.

—¿De modo que no sabían ustedes en dónde estaba el enemigo?

—Supongo que él sí lo sabía, y que su propósito era sorprenderlo antes de que huyera, porque ya nos había dicho á sus ayudantes que temía mucho que escapara al sentir nuestro movimiento.

—¿Y qué fué lo que pasó?

—Ya usted lo sabe, coronel: llegamos á Lerma sin encontrar á nadie, y sin que ninguno quisiera darnos noticia del enemigo. Nosotros sabíamos que estaba cerca, pero ignorábamos en dónde, hasta que un explorador dijo al general delante de nosotros, que nos había sacado el cuerpo con objeto de emboscarse en el Monte de las Cruces para apoderarse del convoy que traía O'Horán. Lo que pasó fué que el general fué engañado.

—¿Cómo?

—Se le tendió una trampa.

—¿Qué trampa fué?

—Una muy burda, en la que sólo un hombre sencillo y de buen corazón, como era el general Degollado, pudo haber caído. Se le presentó un individuo enviado por el mismo general Buitrón, jefe de los contrarios, diciéndole que él conocía un camino por las montañas que se encuentran á la izquierda del llano de Salazar, en donde estábamos nosotros el 15 de este mismo mes de Junio en que fué la acción; sin más ni más, fiándose del dicho de aquel hombre, ordenó que nos pusiéramos en marcha; nos encumbramos efectivamente dominando toda la selva que se encontraba á nuestra derecha; pero á poco descendimos á una hondonada rodeada de árboles: cuando estábamos en ella, el general buscó al guía, pero ya no estaba á su lado. . . . había desaparecido en el monte que acabábamos de atravesar. En ese mismo momento resonaron con estrépito las descargas que se nos hacían de todos lados, sin ver al enemigo que estaba cubierto con la maleza y con el bosque: nosotros estábamos en el claro que había en el centro y éramos fusilados. ¡Habíamos caído en una emboscada!

—¡Sacre. . . . !

El oficial francés lanzó un juramento y en seguida preguntó:

—¿El general Degollado murió en la acción ó se le fusiló después?

—El general Degollado, con su valor y serenidad de siempre, trató de organizar la tropa que entró en gran confusión con la sorpresa, y había logrado formar una columna fuerte de trescientos hombres para dar una carga y abrirse paso; pero al emprender el movimiento recibió un balazo en la frente, cayó del caballo y nuestra derrota quedó consumada. Los pocos que escapamos de aquel infierno, no lo conseguimos sino con grandes esfuerzos, teniendo que batirnos de árbol en árbol hasta que dejamos de ser perseguidos, gracias al botín considerable que habíamos dejado en el lugar no del combate, sino de la sorpresa.

—¿Así es que ustedes no saben qué número de hombres fueron los que los sorprendieron y derrotaron?

—No, mi coronel. Después hemos sabido que estaban allí Buitrón y Gálvez con unos seiscientos hombres, los cuales se retiraron á Huisquilucan, en donde fué sepultado el general con toda solemnidad, permitiéndosele á don Francisco Schiafino, que cayó prisionero, pronunciar una oración fúnebre en honor del ilustre difunto.

El coronel se quedó pensativo por un momento, y tornó á preguntar:

—Y ahora que conoce usted poco más ó menos al enemigo que vamos á combatir y estos terrenos que ocupa, ¿qué opinión se forma de nuestra campaña?

—Hablando con franqueza, mi coronel, yo creo que el gobierno nos está mandando de pocos en pocos, para

que nos acaben en probaditas. Lo que en mi concepto debía hacerse, era mandarse de una vez fuerzas muy considerables por todos lados, de modo que el enemigo quedara encerrado en un cerco de bayonetas.

—Pero es que el gobierno carece de recursos para mover de una sola vez fuerzas que sean muy considerables.

—En ese caso mejor sería esperar á que las tuviera.

—Yo tengo mucha fé en el valor y pericia militar del general Valle.

—Yo también, y por eso precisamente me he venido á su lado, porque ardo en deseos, como otros compañeros que vienen aquí, de vengar la sangre de mi general Degollado, quien fué el primero que me puso la espada en la mano.

Aunque el coronel Collín tenía casi el doble de la edad de Julio Robles, encontrándole simpático lo hizo su amigo, y no volvió á separarse de él en el resto de la jornada.

Ambos se fueron comunicando constantemente sus impresiones. Por la noche cenaron juntos y habiéndose acostado vestidos debajo del mismo árbol, cerca de la cabaña única que ocupaba el general en jefe, siguieron conversando, aunque muy quedo, unas dos ó tres horas antes de que pudieran dormirse. Los dos tenían malos presentimientos que no se confesaban abiertamente, y que antes bien, querían ver discipados, esperando que el uno le comunicara al otro su fortaleza y su convencimiento.

El general Valle, por su lado, apenas durmió, comprendiendo muy bien con su instinto militar que se encontraba en vísperas de una batalla.

A las dos de la mañana encendió la luz, y al primero

que mandó llamar fué al coronel Collín, en quien depositaba una confianza plena.

—Mi querido coronel, le dije, tengo noticias de que Márquez está unido con Buitrón, y que es el jefe que manda las fuerzas que vamos á combatir.

—¿De modo que estando las dos fuerzas unidas, deberán tener unos dos mil hombres? preguntó el coronel.

—Creo que muy cerca de tres mil.

—¿Y piensa usted atacarlos formalmente, mi general?

—A eso me han mandado, á eso he venido, creo que triunfaré, pero aunque no lo creyera, aunque no tuviera más que diez hombres, no sería yo el que le volviera la espalda al enemigo.

—Es usted todo un valiente, mi general.

—Soy un militar que sabé cumplir su deber. Pero ahora no se trata de otra cosa sino de pelear y ganar la victoria. Tengo mucha confianza en los jefes de cuerpo, aunque no mucha en la tropa ni en la oficialidad en que pueden ser muy contados los veteranos, así es que vamos á tener que trabajar mucho desde este momento para hacerles moverse, y después para que cada cual se mantenga firme en su puesto. Con otras tropas como las que mandé en el Sur de Jalisco y en el asedio de Guadalajara, marcharía recto al triunfo, ahora necesitamos triunfar de los nuestros y de los contrarios. Dentro de unas cuantas horas tal vez, quizás hasta mañana que veamos al enemigo, el terreno dirá cuáles son las disposiciones que hemos de tomar, ahora sólo deseo que vaya usted personalmente á decir á los jefes de los cuerpos que estén listos para marchar, que recomienden á sus oficiales mucho orden y mucho silencio, que repartan la ración de arma-

da al ir á ponerse en movimiento, y que si hay combate, nos cubramos de gloria con el triunfo, siendo generosos con los vencidos.

El coronel Collín que conocía muy bien la historia de Valle, cuando salió á cumplir sus órdenes, se fué murmurando:

—¡Cómo! ¿este joven guerrero que ya salvó á Casanova y á Isidro Díaz de ser fusilados, que prestó grandes servicios á Miramón, quien le confió á su propia mujer con preferencia á sus parientes, que ha sido magnánimo con todos, todavía después de las horribles muertes de Ocampo y Degollado, habla de generosidad con los vencidos? ¿Quiere decir con eso que no fusilará á Márquez ni á Buitrón si caen en su poder? ¿Acaso le perdonarían á él, si tuviera la desgracia de ser su prisionero. . . . ? ¡Ah! ni pensar en eso. . . . no es posible pensar en que un hombre tan generoso, muera á manos de enemigos crueles y despiadados. . . . no, no puede ser. . . . no lo permitirá nunca la justicia divina.

Cuando aparecieron los primeros tintes de la aurora, se dió la orden de marcha.

El general Valle, que había permanecido durante dos horas pensativo, soñador, á veces taciturno, montó á caballo con brío, y al momento mismo se manifestó alegre, festejoso, hablador. Dirigió la palabra á todos cuantos estaban cerca, con un tono de compañerismo que inspiraba ánimo y confianza.

A los soldados los llamaba hijos, y les encargaba que no se separaran de las filas, y que en caso de combate, se ayudaran mutuamente y no desperdiciaran sus cartuchos quemándolos inútilmente.

A los oficiales les daba la mano y les aseguraba que

obtendrían un ascenso en el primer combate victorioso.

A sus ayudantes les hablaba aún con mayor familiaridad, diciéndoles que había dormido poco, no porque experimentara ninguna inquietud respecto del éxito de aquella campaña, sino porque ardía en deseos de vengar la sangre de Ocampo y Degollado, dando el castigo que merecían á los corifeos de la reacción.

—Conozco á Márquez, les decía, conozco á Buitrón, conozco también á Gálvez, y sé cuáles son sus ardides en la guerra: en eso he estado pensando, en la manera de contrarrestarlos, y si tenemos hoy un encuentro, como lo deseo, ustedes me ayudarán á desarrollar el plan que tengo meditado. Márquez es táctico, Buitrón es astuto, Gálvez es tenaz; pero los tres se desmoralizan luego que se les toma un flanco. Eso es lo que vamos á hacer nosotros, á flanquearlos en donde quiera que se encuentren. Ya verán: ustedes me van á ayudar mucho en esa operación que ha de ser la decisiva.

Y sus ayudantes le contestaban que ejecutarían con rapidez todas las órdenes que les comunicara luego que llegara el momento

El momento llegó, escuchándose al par de las últimas palabras que se pronunciaron, varias detonaciones de fusil.

Collín se ofreció al instante á ir á ver lo que ocurría.

—Iremos ambos, contestó el general.

La columna hizo alto, y el jefe y su ayudante subieron á la pequeña colina que había á la izquierda, desde donde vieron con la luz clara de la mañana, que una pequeña fuerza defendía la entrada del Monte de las Cruces.

—Nos quieren atraer á una emboscada dispuesta por Buitrón, dijo Valle.

Y fogoso como era, apenas descendió de la altura, ordenó el ataque á paso de carga.

Habiéndose replegado la descubierta de caballería, formando ala izquierda en un repliegue del camino, se adelantaron los tiradores y luego los cañones apoyados por la infantería, mientras que los cuerpos de caballería entraron por derecha é izquierda, según lo permitía el terreno, para explorar el bosque.

Pero sucedió que el bosque estaba repleto de combatientes, y que uno de los cuerpos que no pudo maniobrar entre los árboles, fué cortado y hecho prisionero.

Valle observó que el combate del frente era bien sostenido por los suyos, que por la izquierda la refriega era encarnizada, y quiso aprovechar el momento para ir él mismo á libertar al cuerpo de caballería prisionero penetrando por la derecha al monte con doscientos hombres de la reserva.

Collín quiso seguirlo, pero el general le dijo:

—No, no: necesito que usted se quede aquí en observación para que me avise si pasa algo extraordinario.

—¡Oh, mi general! contestó Collín con resignación, pero muy contrariado.

Aquella era precisamente la emboscada de Buitrón. Valle y sus doscientos soldados se metieron en el centro de mil enemigos, y todos quedaron allí muertos ó prisioneros. Valle fué de éstos últimos.

La batalla estaba perdida.

Las tropas liberales, viéndose sin jefe, empezaron á desbandarse, dejando el camino y sus alrededores regados

de piezas de artillería, mulas cargadas, caballos sin ginetes, cajas de parque, bagajes, heridos y muertos.

Collín y Julio Robles se retiraron juntos paso á paso.

Repentinamente el francés se detuvo y dijo á Robles tendiéndole la mano:

—Adios, amigo, yo me vuelvo á correr la suerte de mi general.

Inútil fué que Robles quisiera detenerlo: su resolución estaba tomada.

Al llegar al campamento de la reacción oyó unos tiros.

Márquez, lleno de júbilo, había mandado fusilar á Valle, diciéndole:

—Ustedes nos han puesto fuera de la ley por escrito: nosotros la aplicamos de hecho.

Collín, viendo el cuerpo de su general acribillado de tiros, derramó lágrimas y dijo á Márquez:

—He venido con la resolución de correr la misma suerte de mi general.

Márquez le fijó una mirada sangrienta, y sin contestarle directamente, dijo á los suyos:

—Fusilen á ese.

Aquiles Collín fué fusilado inmediatamente.

Julio Robles, que había ido siguiendo á su nuevo amigo, sin ser molestado por nadie á causa de la confusión que reinaba en el campo de batalla, observando lo que pasaba, dió media vuelta, tomó una travesía y se fué murmurando:

—Eso no es conmigo, yo tengo que ir á buscar otro general que me traiga á la victoria . . . ó á la derrota, ya veremos.



CAPITULO XLV.

Preludios monárquicos.

Los que pudieron escapar de la derrota del Monte de las Cruces, fueron llegando en grupos de quince y de veinte hombres á la Capital, y en el más numeroso de unos ciento cincuenta que llegó al último, siendo los más de los que lo componían jefes y oficiales, iba Julio Robles, á quien ya se le había pasado la fuerte impresión que le causara la suerte corrida por el general Valle y el coronel Collín, habiendo tornado á ser decididor, bromista y alegre compañero. Todos eran ya sus amigos.

Si la muerte de Ocampo y Degollado habían producido honda emoción en los miembros del gobierno y sus adictos, la del general Leandro Valle, que era extraordinariamente simpático, tanto por su valor como por sus generosos arranques, produjo universal sentimiento.

Entonces ya no se llamaba á don Leonardo Már-